

Vi á la Virgen, y un bendito
acento me repitió:
«Acércate, papacito,
¡reza, reza como yo!»

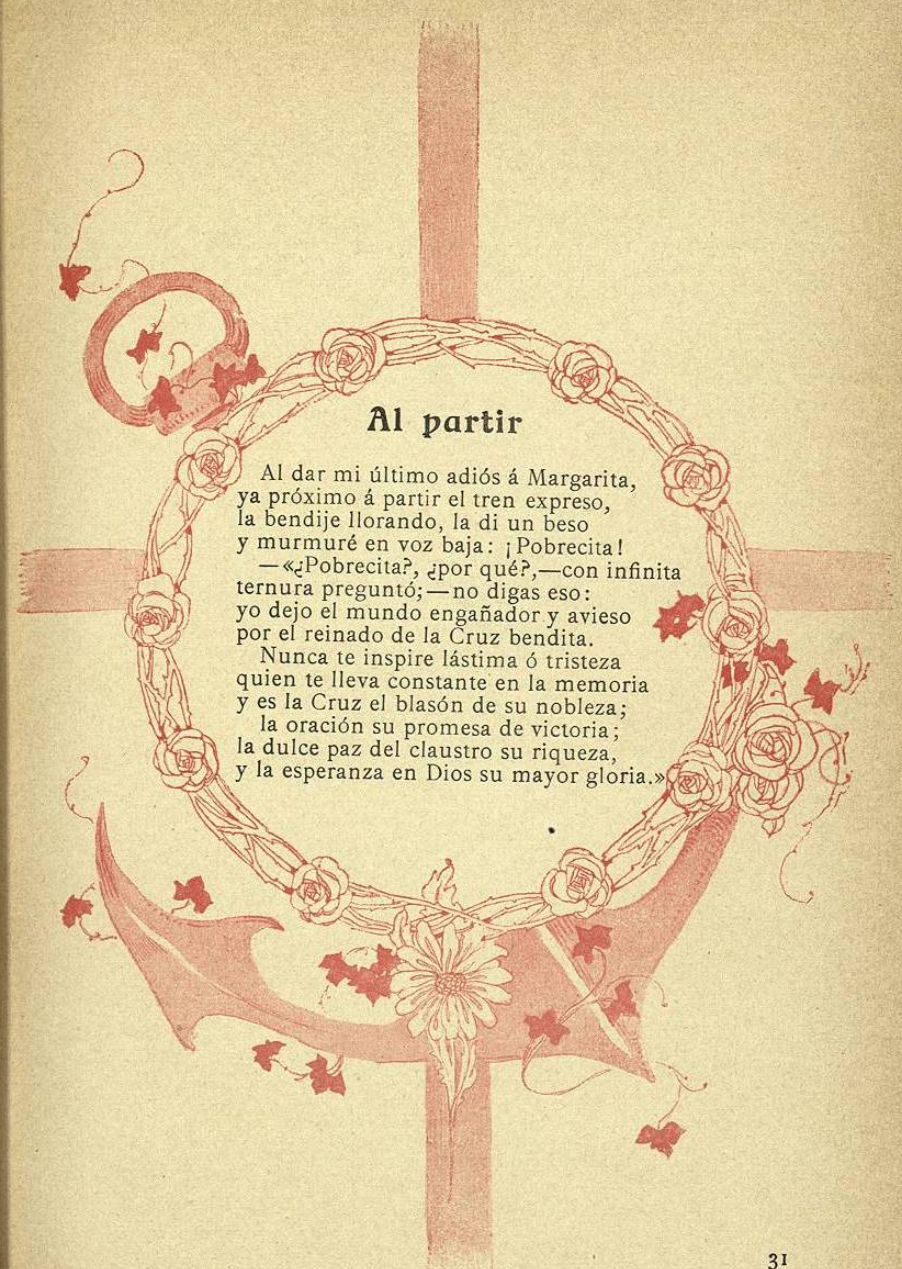
Y recordé sus sonrojos,
pensé en su inocente calma,
y tuve llanto en los ojos
y plegarias en el alma.

¿Y qué recé?... No podría
repetiros mi oración,
pero al regresar traía
consolado el corazón.



Su lema

¿Quién vencerá más pronto en la batalla
de este mundo en el cual nadie es felice,
el que sufre sin término y lo calla
ó el que á trechos es mártir y lo dice?
Con la prudencia todo se avasalla;
con la esperanza todo se bendice;
por eso Margot puso en su bandera
esta divisa: ¡Calla! ¡Sufre! ¡Espera!



Al partir

Al dar mi último adiós á Margarita,
ya próximo á partir el tren expreso,
la bendije llorando, la di un beso
y murmuré en voz baja: ¡Pobrecita!

—«¿Pobrecita?, ¿por qué?,—con infinita
ternura preguntó;—no digas eso:
yo dejo el mundo engañoso y avieso
por el reinado de la Cruz bendita.

Nunca te inspire lástima ó tristeza
quien te lleva constante en la memoria
y es la Cruz el blasón de su nobleza;
la oración su promesa de victoria;
la dulce paz del claustro su riqueza,
y la esperanza en Dios su mayor gloria.»

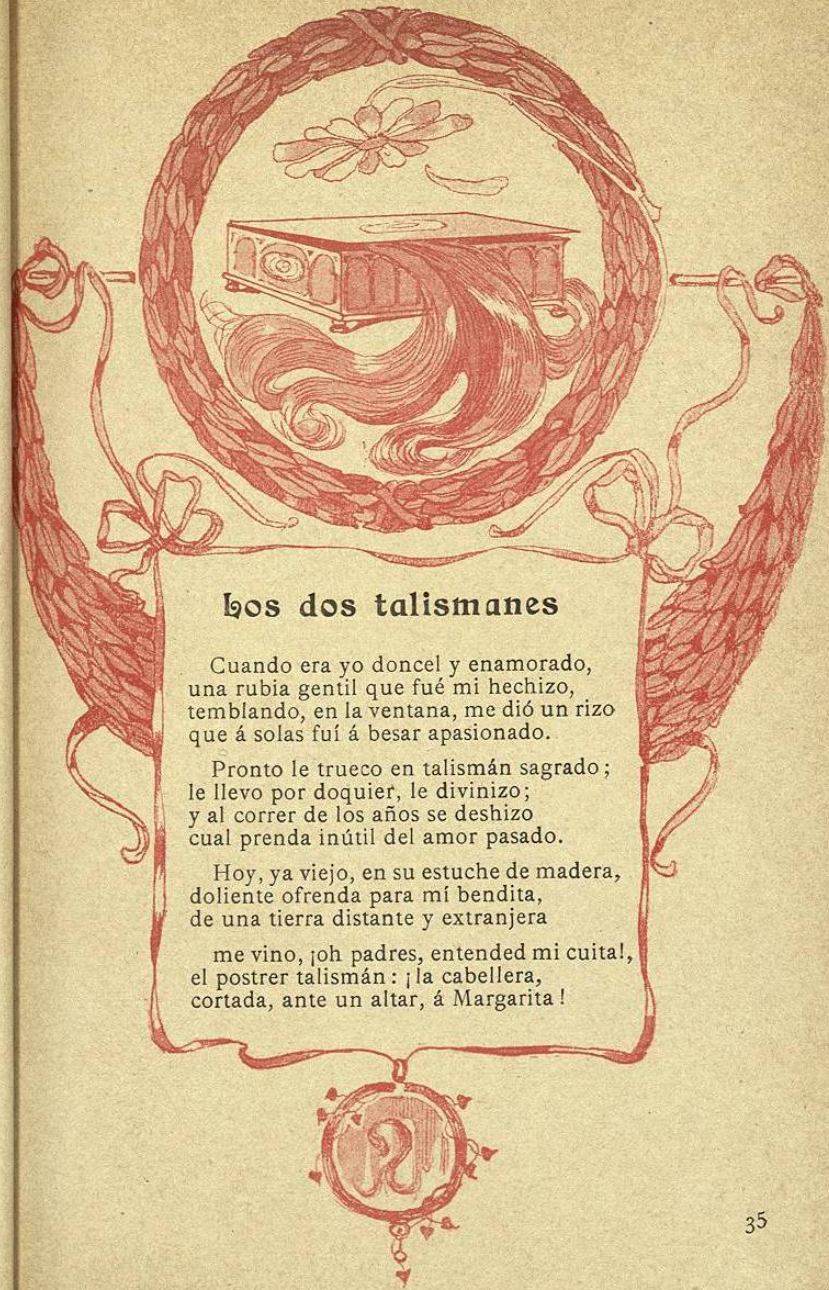


Vocación

Amo y bendigo el alma femenina
que en su acerbo dolor no vierte llanto;
¡sentirse herido por traidora espina
y besarla en silencio, es ser un santo!

Así Margot, gozando con sus penas,
juzga prueba el dolor, gloria el castigo;
su misión es lavar culpas ajenas
y orar y perdonar... ¡Yo la bendigo!





Los dos talismanes

Quando era yo doncel y enamorado,
una rubia gentil que fué mi hechizo,
temblando, en la ventana, me dió un rizo
que á solas fui á besar apasionado.

Pronto le trueco en talismán sagrado;
le llevo por doquier, le divinizo;
y al correr de los años se deshizo
cual prenda inútil del amor pasado.

Hoy, ya viejo, en su estuche de madera,
doliente ofrenda para mí bendita,
de una tierra distante y extranjera

me vino, ¡oh padres, entended mi cuita!,
el postrer talismán: ¡la cabellera,
cortada, ante un altar, á Margarita!



Un sueño

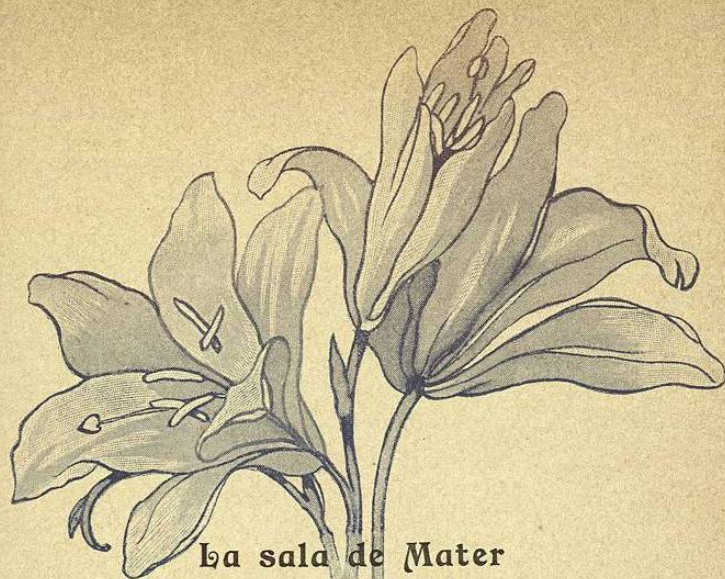
Una noche soñaba
que radiante de hechizos juveniles
y bien cumplidos ya sus quince abriles,
en soberbio salón Margot bailaba.

Y fuíme á su colegio al otro día,
á visitarla con amante empeño,
y lleno de entusiasmo y de alegría
le referí aquel sueño.

Le describí el salón y sus primores,
emporio del amor y sus placeres;
le hablé de luz, de gasas y de flores,
que transforman el ser de las mujeres.

Asomó á su semblante una sonrisa
y me repuso luego: «¿Qué dijeras
si te contara yo que en mis quimeras
anoche te soñé diciendo misa?»





La sala de Mater

Ora pro nobis, Mater admirabilis.

No, nunca olvidaré la sala aquella;
al fondo está el altar y en él descuella
la moderna y polícroma escultura
que representa hilando á una doncella
como la nieve de las cumbres pura.

¡La Madre de Jesús, que está en la infancia;
la flor de Nazareth, cuya fragancia
vierte esencias de paz y de consuelo,
que hacen grata y más corta la distancia
del valle de las lágrimas al cielo!

¡Allí cuántos domingos, cuántas veces
mi Margarita, en su fervor cristiano,
de un negro cáliz me apartó las heces,
y al altar me condujo de la mano
y me hizo repetir sus tiernas preces!

Hoy, cuando vuelvo allí, siento que exhala
todo, olor de piedad y poesía,
y hasta mi fe perdida mueve un ala,
pues Margot, al llevarme á aquella sala:
«Ven á ver á mi madre,» me decía.



PLEGARIA

¡Oh flor de Nazareth, mística y bella,
la más pura, más tierna y más amable!,
vela á mi ausente y púdica doncella;
ruégale á Dios por mí; ruega por ella
y *ora pro nobis, Mater* admirable.



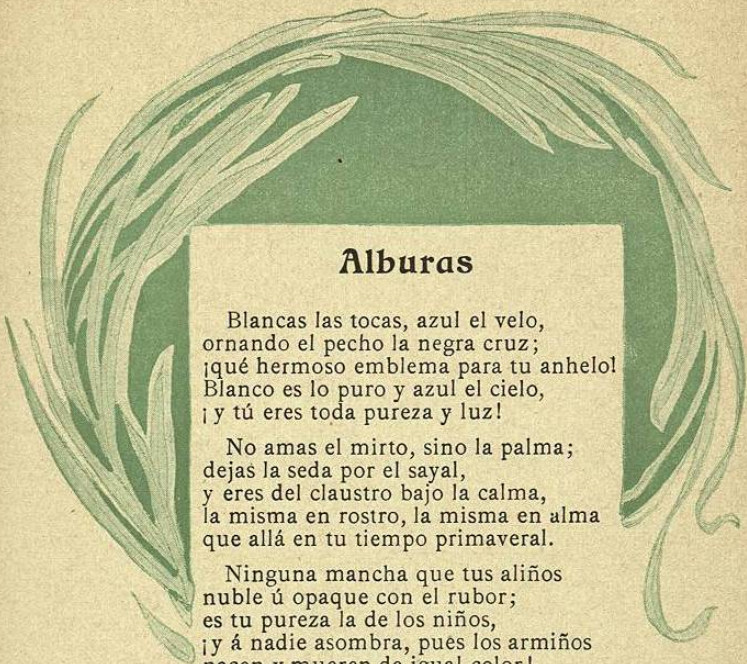
Tu plegaria

Cuando anuncia la campana
el nacer de la mañana,
yo me digo siempre así:
«Un ángel en forma humana
reza en su celda por mí.»

Y al rayar el mediodía
me digo con alegría,
de igual pensamiento en pos:
«En su celda la hija mía
me está encomendando á Dios.»

En el triste anochecer
oigo el *Ángelus*, y al ver
las sombras, me digo así:
«Nada tengo que temer
si Margot reza por mí.»

Y en la noche y en la aurora,
cada instante, cada hora,
siempre alegre me verás,
pues tu oración salvadora
no me abandona jamás.



Alburas

Blancas las tocas, azul el velo,
ornando el pecho la negra cruz;
¡qué hermoso emblema para tu anhelo!
Blanco es lo puro y azul el cielo,
¡y tú eres toda pureza y luz!

No amas el mirto, sino la palma;
dejas la seda por el sayal,
y eres del claustro bajo la calma,
la misma en rostro, la misma en alma
que allá en tu tiempo primaveral.

Ninguna mancha que tus aliños
nuble ú opaque con el rubor;
es tu pureza la de los niños,
¡y á nadie asombra, pues los armiños
nacen y mueren de igual color!

